

Homenaje

El viento dijo

A ratos suelo pensar
una verdad sin reproche:
pasar en vela la noche
no equivale a madrugar.
También suelo argumentar
cuando estoy de buen humor
otra verdad de cantor
ligado a sus pareceres:
conocer muchas mujeres
no es conocer el amor.

Todos me dicen que viva
de esta o de otra manera,
todos me dicen que muera
hacia abajo o hacia arriba.
Todos dicen en qué estriba
la brega que yo asumí
desde el día en que nací
para jugarme del todo.
Dejen que viva a mi modo,
nadie morirá por mí.

Si la muerte es como el mar,
la vida es como la espuma:
que se bañe con totuma
el que no sepa nadar.
Hay que aprender a saltar
pues la vida es trampolín:
ni diablo ni serafín
se salvará en la redada
que nos extiende la nada
desde el principio hasta el fin.

Lo quiera o no, viajaré
con el mundo o sin el mundo;
todo ser es vagabundo
del espacio, me lo sé.
Aún ignoro por qué
—hacia adelante, hacia atrás—
nadie llegará jamás
si a su destino se aferra:
no pasa de ser la tierra
otro vehículo más.

Después de tanto estudiar
llegamos a saber nada;
después de cada llegada
volvemos a comenzar.
Nadie deberá ignorar
si en el estudio confía,
que el hombre nunca podría
saber nada de su suerte,
y así encontrar en la muerte
su mejor sabiduría.

Vendrás un día a mi casa
de vino y pan en la mesa,
y otra forma de tristeza
que ni el olvido acompasa.
El tiempo que todo arrasa
dice la sola palabra
que contra el tiempo me labra
este afán de no andar muerto.
Si mañana estoy despierto
diré a mi puerta que te abra.

Amor es algo que un día
llegará a nuestra morada,
o es una cosa pasada
que siempre asoma tardía.
Nadie forme algarabía
con su amar y su olvidar;
uno y otro ha de pasar
como si fueran inmunes:
si toda la vida es lunes,
no hay domingo qué guardar.

Para mis labios cansados
de palabras y de besos,
no me quedaban sino esos
besos que me rehusabas
del amor y otras mentiras,
me mirabas como miras,
como si fuera pasado
este mi vivir al lado
del silencio que respiras.

Muchacha de senos duros,
no apresures tu caída
pues el amor no convida
sino en avaros conjuros.
Rara vez están maduros
dos senos y un corazón,
los labios y la canción,
un sexo y una constancia,
el punto junto a la errancia
o el reclamo en la razón.

Te daba el viento en la cara
–los caballeros contra el viento–
como si el golpe violento
de aquel viento te violara.
Para que se relievvara
tu vientre en temblor ardido,
se te ceñía el vestido
a los muslos y a los senos,
con tan hondos desenfrenos
que el viento siguió en gemido.

Aún recuerda mi guitarra
las canciones de otros días,
cuando tras las melodías
iba el corazón de farra.
Si hoy por hoy no se desgarrar
cuando la noche la llena,
no es que aparezca serena
sino que al fin aprendió
a esconder, como hago yo,
bajo el silencio la pena.

Por ser cierto lo del fardo
que traemos al nacer,
desde antes de caer
camino con paso tardo.
Iré sobre el barro pardo
sin metro dónde acampar,
sólo por justificar
esta verdad medio trunca:
el que no ha salido nunca
tampoco puede llegar.

Mi canción andará sola
por las puntas del camino,
dejando al paso su trino
donde la queja arrebola.
Si un viento bravo la inmolara
tristeza más hondo el vuelo
como el último pañuelo
de la total despedida:
tal vez le quedará vida
para volar hasta el suelo.

Anoche vino la muerte
a tomarme las medidas,
pero no busqué salidas
porque me sentía fuerte.
Sin embargo el alma advierte
que ser fuerte para huir
cuando debemos vivir
no es ninguna fortaleza:
la debilidad empieza
con fuerzas para morir.

Viajaré ya sin pensar
si hay salida o hay llegada,
porque la suerte está echada
para salir o llegar.
Sólo habrá con qué cantar
el barro que me elimina
cuando el ánimo se empieza
para ver la oscuridad:
estará la eternidad
al cruzar la última esquina.

Manuel Mejía Vallejo (Jericó 1923 – El Retiro 1998)

Gracias por el fuego

Juan José Hoyos - redacción@elcolombiano.com.co

“Han pasado más de 40 años desde esa noche. Hoy, que se celebra un siglo de su nacimiento, se han convertido en un instante. Y, por momentos, me siento como el mismo periodista joven que llegó a tocar con timidez la puerta de su casa, con la intención de escribir un reportaje sobre su vida y sus libros.

Adentro, se oían voces de gente que conversaba. La casa era vieja y estaba sobre la calle Perú, y yo nunca la había visto. Después de un rato, alguien me hizo pasar. Al fondo, en medio del humo, se podía ver un pequeño salón con algunos sillones y un baúl viejo que servía de mesa. Un hombre muy blanco, de frente ancha y cabello negro, contaba una historia con una voz recia, de campesino, haciendo pausas, con la sabiduría de un viejo contador de cuentos. Mientras hablaba, sostenía en una mano un vaso de ron. Por la cara, supe enseguida que era Manuel Mejía Vallejo.

Esa y las siguientes noches, hablé largamente con él de su vida y de sus libros. Cuando acabé el reportaje, dos semanas después, todo lo que creía haber aprendido sobre el arte de escribir leyendo febrilmente a los escritores del boom se volvió polvo. Ahora sé la causa: haber conocido a un escritor como Manuel, que hablaba de nosotros sin necesidad de impostar la voz; un artista que miraba con sus propios ojos las mismas cosas familiares que todos mirábamos, sin ver, y sabía hallar en ellas la verdad más oculta. Un hombre que nos enseñaba con su vida y su palabra que para ser artista primero hay que ser un hombre...

Quiso el destino que él no fuera uno más de los llamados escritores del boom latinoamericano, a pesar de que sus novelas y sus cuentos tienen la misma calidad. A él se lo consideraba un “escritor regional”, como a Juan Rulfo, en México.

Esto es algo que debemos agradecer los que venimos detrás de él. Lo digo porque la condición de “escritor regional” atribuida a él, nos ha permitido comprender el verdadero valor de los llamados “escritores regionales”, como Fernando González y Tomás Carrasquilla. La expresión “escritor regional” pareciera declarar una limitación. Pero, en el fondo, es tal vez la más grande bendición que un escritor pueda tener: pertenecer a un lugar, echar raíces en él, como los árboles, amarlos, mientras otros andan dando vueltas por ahí.

Una identidad no se encuentra en la superficie. Es un problema de ir a la esencia de las cosas, es un viaje al fondo de uno mismo. Pensé: Manuel está en casa en Antioquia. Qué bueno que los escritores de nuestra región sientan menos la necesidad de expatriarse que otros escritores, como algunos del boom, que perdieron sus raíces lejos de sus países.

Dora Luz, María José, Pablo Mateo, Adelaida, Valeria: ¿qué les digo hoy a ustedes, a quienes el destino cruzó con su vida? ¿Que doy gracias al Dios de la vida por conocer, igual que ustedes, a un hombre, a un escritor, como Manuel Mejía Vallejo! A medida que han pasado los años, el tiempo, que ayuda a decantarlo todo, me ha permitido comprender el verdadero significado de mi encuentro con un maestro como él. También me ha dejado ver. Lo mismo les pasó a algunos escritores jóvenes que se acercaron al fuego que ardía en los libros, en la casa y en el corazón de Manuel. La luz de sus palabras alumbró nuestras vidas, encendió una llama en nuestros corazones. Yo quiero darle las gracias a él, en nombre de todos, por ese fuego” [2].

Referencias

1. Mejía-Vallejo M. El viento lo dijo (décimas). En: Memoria del Olvido. Bogotá, Universidad Externado de Colombia. Colección un libro por centavos [Internet]. Selección Méndez-Camacho M. Disponible en: <https://www.uexternado.edu.co/wp-content/uploads/2017/01/100-Mejia-Vallejo.pdf> Consultado el 24/04/2023.
2. Hoyos JJ. Gracias por el fuego. Periódico El Colombiano [Internet]. Disponible en: <https://www.elcolombiano.com/opinion/columnistas/gracias-por-el-fuego-KK21185825> Consultado el 23/04/2023.